

---

*Ha fallecido el Presidente de la Real Academia de Medicina*  
Excmo. Sr. Dr. D. FEDERICO COROMINAS PEDEMONTE \*

Muy Ilustres Señores Académicos:

No ha mucho, fuimos convocados por esta Academia. Nuestro Presidente cesaba en su cargo por los rigores reglamentarios. La actitud de los Académicos no podía ser más edificante. Sin una leve discrepancia, sin un comentario, sin ninguna consideración, se votó por tercera vez al Doctor Corominas. Por unanimidad, por un deseo unánime, como si todos los Académicos tuvieran una sola voluntad. Esta unanimidad era bien ganada. Era honrosa, justa y merecida. Honrosa para el elegido y para la Academia. En el espíritu de todos gravitaba la idea de que el Doctor Corominas era nuestro Presidente vitalicio. Ninguno de nosotros podía imaginar que nuestro Presidente predilecto no podría cumplir su laudable e imprescindible cometido, ya que su aspecto nos daba la confianza de que su vida no sería interrumpida por una muerte repentina. Su porte pulcro, su prestancia de gran señor, su sonrisa acogedora, su don de gentes, su amabilidad infinita, su puritanismo en el cumplimiento de las actividades académicas, inspiraba en cada uno de nosotros un respeto, una alta consideración, una confianza noble, un agradecimiento comparable al que suscita la figura de un patriarca paternal. Su resistencia física y su salud nos daba la sensación de ser para nosotros un refugio inexpugnable. Cuatro años más de vida todos estábamos convencidos que los viviría para gloria de su acertada dirección y bien de

---

\* Nota necrológica leída por el Muy Ilre. Sr. Dr. Roig Raventós, Vicepresidente, en la sesión ordinaria del día 30 de abril de 1957.

esta Casa. \* Con su votación, por tercera vez, se daba el caso único, en nuestra Academia. Esta honrosa continuidad, esta confianza infinita, esta admiración de todos, era un hecho tradicional. El Doctor Corominas era la encarnación de la Academia. Era una columna viva, palpitante de interés y entusiasmo, que aguantaba este edificio vetusto que, en sus manos privilegiadas había pasado de un estado precario a un aspecto de esplendor, que a todos nos enorgullece. Nuestra Real Academia, actualmente, es una joya para la ciencia médica, para Barcelona y para el Presidente que se desvivió para restaurarla. Durante su presidencia se han desarrollado actos memorables debidos a la virtud acogedora del Doctor Corominas, que le daban toda la grandeza de su obra ingente. Era un hombre dignificado por la sublime misión, ungido de la satisfacción íntima de alcanzar para la Academia una cima gloriosa, lejos de las vanidades.

Clínico experto. Discípulo de los hospitales de París. Médico de la Casa de Maternidad. Traductor y autor de obras profesionales. Doctor honrado; compañero sin tacha, el Doctor Corominas ha sido para todos un ejemplo vivo de caballerosidad, laboriosidad y amor a la Academia. Sus sabrosos, prudentes y oportunos comentarios prodigiosos al final de las sesiones científicas, eran verdaderas lecciones clínicas. El Doctor Corominas era, para esta Casa, la llama encendida que irradiaba clarividencias por doquier, y esta llama, su inteligencia, hoy apagada, nos da la sensación de una tiniebla abrumadora. Esta Academia, ante su gran obra de presidente excepcional y admirable, le debe un homenaje. Si él consiguió conquistar el homenaje de la repetida unanimidad en vida, también hallará después de su muerte sentidísima, el homenaje de la gratitud.

Más de cincuenta y dos años de amistad, sin un resentimiento ha transcurrido entre nuestros espíritus. Nos unía una amistad sincera, sin estridencias, ni vanidades. (Había visitado como médico a sus hijos). Nuestro cariño mutuo rayaba en amor familiar. Hombre de una cultura literaria vasta, de un gusto artístico exquisito, a su lado

---

\* Según el Reglamento, su cargo de Presidente cesaba en diciembre de 1960.

se sentía el amparo de un maestro pródigo en divulgar su cultura. ¡Católico ferviente, su rectitud de conciencia iluminaba su rostro! Estos días he frecuentado su hogar, para seguir de cerca el curso de la enfermedad de su esposa en trance de muerte. El dolor de estos días de angustia había ungido los espíritus de los familiares de virtudes elevadoras. En torno a la esposa fidelísima se había formado un coro de solicitudes, sacrificios y abnegaciones. La casa del Doctor Corominas había devenido un templo de fidelidad conyugal y del amor filial. Se respiraba en su hogar un ambiente de cordialidad suprema.

Su muerte no podía ser más patética. Y quizás más poética. Muerte enternecedora. A las cuatro de la madrugada, nuestro inolvidable Presidente, intentó dar un poco de alimento a su esposa, afectada de una inapetencia invencible. Siente un dolor desgarrador en el pecho, da un gemido trágico y cae instantáneamente. Su esposa, con la inteligencia apagada por un ictus, no se ha dado cuenta de que el último acto de su esposo había sido consagrado a su salud.

La tarde anterior, estuvimos juntos compartiendo la angustia de la gravedad de su esposa. Al día siguiente llama el teléfono. «¡El Doctor Corominas ha fallecido!» «¿Su esposa?» «No, él.» El estupor inundó mi alma. La muerte súbita, sin los preludios preparatorios, es una doble muerte. La sorpresa es tan terrible como la muerte.

Nuestro Presidente yacente, tenía en el rostro una serenidad y reposo emocionantes. Descansaba de sus tareas agotadoras, con el alma coronada de una paz interior confortable.

Y aquí termino mis pobres palabras necrológicas, porque brilla dentro de mi corazón una lágrima de dolor intensísima, que es el homenaje más sincero que puedo ofrecer al conspicuo compañero, amigo y Presidente.

¡Que Dios acoja en su seno el alma de tan distinguido Académico!

Y ahora, ilustres señores Académicos, en señal de duelo, se suspende la sesión.